

ESTHER RUBIO HERRÁEZ

Libertad femenina e institución científica

*....no para encontrar soluciones precisas,
sino con la esperanza de clarificar las salidas
y ganar cierta seguridad al enfrentar problemas específicos.*

Hannah Arendt

Las mujeres tienen que ser 2.6 veces mejores que los hombres para conseguir los mismos fondos para la investigación científica, es decir, las mujeres tienen que publicar 2,6 veces más que sus compañeros con la misma productividad para obtener la misma valoración en "la competencia científica". A esta conclusión han llegado Christine Wenneras y Agnes Wold, investigadoras de la Universidad de Göteborg, en un estudio, "Nepotism and sexism in peer review", sobre el proceso de evaluación de la competencia científica en las ciencias biomédicas, publicado en la revista *Nature* a principios del año 1997.¹

La presentación de este trabajo en la Conferencia sobre Mujeres y Ciencia organizada por la Comisión Europea y celebrada en Bruselas en abril de 1998, ha causado cierta conmoción, a pesar de que la mayoría de las casi cuatrocientas mujeres allí presentes ya tenían conocimiento de éste y otros estudios también reveladores, además de una experiencia personal que avala esta realidad.

Han sido muchos los trabajos que en los últimos años han puesto en evidencia los supuestos y creencias, ampliamente generalizadas, en contra de la eficacia científica de las mujeres. Entre los más relevantes están los que mantienen que las mujeres no hacen investigación de primera línea, que producen menos por "sus obligaciones" familiares y que están en las áreas menos prestigiosas.

Sin embargo, numerosos estudios de diferentes países, cuya finura va en aumento, demuestran la falsedad de estas conclusiones. Las mujeres casadas publican más que las solteras y lo mismo ocurre con las que tienen hijos respecto de las que no los tienen. Hay también estudios que ponen de manifiesto que la calidad prima sobre la cantidad en el caso de las mujeres. En efecto, aparecen menos publicaciones anuales de mujeres que de hombres, sin embargo, los trabajos de ellas son de más calidad que los de sus colegas masculinos.

Existen, asimismo, varias investigaciones que documentan los sesgos sexistas subyacentes en el ámbito académico, en ellos se muestra que la valoración es más alta para trabajos idénticos cuando se creen producidos por hombres. También el éxito o el fracaso se atribuyen a distintas causas según se trate de mujeres o de hombres. El éxito femenino se considera debido al esfuerzo, a la suerte, a circunstancias externas, circunstancias que según estos supuestos, son siempre de carácter favorable, como buen ambiente de trabajo, buena supervisión, etc. Mientras que el éxito masculino se basa en la competencia personal, en sus propios méritos. En un sentido inverso, el fracaso de las mujeres es causado por la incompetencia y el de los hombres por la mala suerte.

De estos análisis sobre la posición de las mujeres en el campo científico y sus consecuencias, se sigue que la situación en sí misma es superable, ya que se trata de ideas preconcebidas, que no están basadas en hechos reales: "hay que eliminar los prejuicios y así será posible una evaluación neutra, no ligada al sexo", en estos términos son expresados algunos de estos razonamientos. Para conseguirlo

es necesario, por una parte, convencer a los hombres -que son los que, de forma mayoritaria, deciden en los ámbitos político y académico- y por otra, aumentar la presencia de mujeres en los comités donde se organiza y se dirige la política científicas y dónde se distribuyen los fondos para su realización, puesto que éstas están infrarrepresentadas y, no en pocos casos, ausentes.

Según esta argumentación, la difusión de unos datos estadísticos cada vez más precisos y unos estudios interpretativos que desvelen esta realidad, así como, las estrategias masculinas que impiden que sea conocida y difundida por los medios de comunicación, será posible, por una parte, eliminar las discriminaciones de género en la evaluación y en la distribución de fondos para la investigación y, por otra, conseguir una presencia de mujeres en los organismos y comités directivos proporcional a la presencia numérica de las mismas en este campo. Asimismo, se proponen medidas tales como, realizar guías detalladas y directivas en favor de grupos desfavorecidos y actuaciones para acabar con el secretismo en el proceso de evaluación con el fin de conseguir una valoración objetiva a través del control externo.

Las científicas feministas no sólo han desvelado el carácter sesgado de las evaluaciones y demás obstáculos y limitaciones puestas a su promoción en la carrera científica, una vez que han demostrado con creces sus capacidades. También, durante los últimos veinte años, sus trabajos han estado orientados a detectar e invalidar teorías que como el determinismo biológico tratan de explicar la existencia de una capacidad intelectual femenina inferior a la masculina bajo supuestos científicos, basándose para ello en la interpretación de diferencias anatómicas y fisiológicas tales como la influencia hormonal sobre el cerebro.

Además, han recuperado, y siguen haciéndolo, a las mujeres que, a lo largo de la historia, han contribuido con su pensamiento y con su práctica al desarrollo científico. Esta investigación está siendo muy laboriosa y está permitiendo rescatar una tradición femenina y unas

formas de hacer propias que no han sido, y no son todavía en algunos casos, reconocidos por la ciencia insitucional.

En pocas palabras, a través de un discurso afirmativo, avalado por su práctica científica, por su elaboración teórica y por la reconstrucción de una genealogía femenina como formas de autorización y legitimación, las científicas han chocado con la incomprensión masculina, en contra de sus previsiones iniciales.

Quizás la alarma se ha producido al comprobar que estas estrategias propuestas en los últimos años han sido poco eficaces. Esta realidad, cada vez más claramente explicitada, no ha tenido y no tiene los efectos inmediatos que cabría esperar: después de la denuncia de una situación injusta, que no tiene razón de ser en una organización que se rige por normas que proclaman el principio de igualdad como uno de sus componentes básicos. En otras palabras mas simples: si somos iguales y demostramos con creces nuestro nivel de competencia ¿por qué no se nos reconoce?.

En el momento actual, y en esta conferencia en concreto, se oyen muchas voces que hablan de techo de cristal, de desanimo, de estancamiento, incluso, de retroceso. ¿Son los límites de la denuncia, de la queja y de la reivindicación lo que pone de manifiesto este malestar que expresan estas científicas?. "No se quejen de la falta de datos, tenemos suficientes para actuar" decía una mujer alemana.

Es posible que en el empeño por demostrar la discriminación femenina se ponga el énfasis más en las dificultades encontradas que en los logros obtenidos, con el fin de que una vez interpretada la realidad, en sus justos y científicos términos -"el proceso de evaluación de las mujeres en la investigación científica no ha sido estudiado científicamente, presenta sesgos sexistas", dice Wenneras-, se produzcan los cambios necesarios, a pesar de que por esa vía, es cada vez más evidente, no acaban de llegar. Dicho de otra manera, parece claro que con estas estrategias no es suficiente, no se llega al meollo del problema.

Ciertamente es fácilmente comprensible la indignación y, a veces, la ira manifestada por muchas mujeres. El esfuerzo de adaptación al modelo establecido es enorme y, sin embargo, sólo se las reconoce un valor equivalente al de sus colegas masculinos cuando superan a estos de forma amplia. En esta escala de medida, neutra-masculina, ellas "no llegan" aunque estén por encima 2,6 veces.

Hay una realidad viva, está ahí, presente también en la propia conferencia, donde se mostraba en su gran diversidad: mujeres de muy variada procedencia, de distintas edades y ocupaciones - profesoras, investigadoras, parlamentarias, ministras- y con diferentes experiencias. Son mujeres cuya identidad no se define ya por las relaciones de dominación/subordinación, que han llegado a todas partes, que están en todos los ámbitos de conocimiento. Allí estaba la ganadora del premio Nobel de Medicina en 1986, Rita Levi Montalcini, quien manifestaba que "las mujeres, al menos las que han trabajado conmigo, tienen la misma capacidad que los hombres pero son más apasionadas" y hablaba también de la necesidad de que "las científicas se pongan en contacto para acabar con los sufrimientos del mundo, poniendo el conocimiento científico al servicio de la humanidad".

Hay, también, otras interpretaciones, otra búsqueda de significado a la realidad que está en continuo movimiento, que no es estática: La incorporación masiva de las mujeres a la producción del conocimiento ha supuesto un cambio fundamental, algunas, y algunos, hablan de una auténtica revolución. Decía una mujer francesa "tenemos que acabar con la idea de que las mujeres somos un problema porque realmente somos una solución". Ya no es válido interpretar la presencia femenina como problemática porque no se adaptan al modelo dado y como consecuencia, proponer que hay que cambiar a las mujeres para que puedan integrarse en una estructura no pensada ni por ni para ellas.

A lo largo de la Conferencia han hablado de diferentes intereses y necesidades de mujeres y hombres en el campo científico: las

mujeres no buscan el poder, prefieren la comprensión y la búsqueda de la verdad; reconocen la necesidad de apoyo de la gente de alrededor, apoyo que, cuando se trata del acceso y promoción en la carrera científica, procede, en la mayoría de los casos, de los hombre -padres, familiares, amigos- y que ahora, como dijo una mujer italiana "queremos que procedan de las madres con amor por la ciencia".

Ellas además manifiestan el malestar que supone estar sometidas a la competición en el campo de la investigación, no quieren renunciar, quieren seguir adelante con esa otra parte del trabajo -no reconocido, ni remunerado, pero cada vez menos oculto- necesario para el bienestar, para una mejor calidad de vida, para una convivencia más humana.

Una vez que se han analizado las razones económicas, políticas e ideológicas que limitan la participación femenina en este ámbito, que se han buscado soluciones que no han producido las transformaciones deseadas y que se ha podido comprobar que "las prohibiciones no acaban con todo esto porque está muy enraizado" ¿cómo salir del atolladero en que están atrapadas las científicas?

De la ausencia o de la infrarrepresentación de las mujeres en las estructuras rectoras de investigación y desarrollo no parece que se siga que éstas por el mero hecho de ser discriminadas quieran ocupar esas posiciones a cualquier precio.

"Las mujeres que se imponen adoptan formas masculinas y buscan por ahí el apoyo a la promoción" dice Françoise Collin, y se pregunta a continuación "¿Las mujeres se quieren alinear con lo masculino y entrar en competencia salvaje?" respondiendo que son muchas las que dudan y no están dispuestas a pagar este precio tan alto que supone una mutilación, equivalente a la de las antiguas amazonas que se amputaban un pecho para tirar con el arco.

Las contradicciones no se resolverán si no se tiene en cuenta el nivel

simbólico, han escrito Isabel Hoving y otras mujeres holandesas en un documento que han elaborado para esta conferencia, *Women in Science and Humanities.-The difference that makes the difference-*: Las políticas paliativas pierden eficacia porque se dirigen al nivel individual -donde lo que se plantea es que el problema son las chicas y las mujeres y por tanto son ellas las que tienen que cambiar- y al nivel institucional -donde las medidas tomadas son menos y de menor intensidad-, pero no se tiene en cuenta el nivel simbólico, cuando, en la realidad, los problemas detectados y las soluciones a los mismos tienen sus raíces en este último nivel.²

La investigación ha demostrado que los puntos de vista legitimados en el campo científico están determinados por el sistema de valores y normas imperante en el orden social, orden que, en su aparente neutralidad y objetividad, mantiene una medida masculina, basada en la experiencia, en los intereses y motivaciones de la mayoría de los hombres. "En este dominio, como en otros, es difícil adoptar la tesis de una verdadera dualidad sexuada", dice Collin. En una estructura como la científica, que se dice neutra, es difícil prestar atención a la diferencia sexual, que es, en definitiva, un principio estructurador del conocimiento y en este sistema organizativo, en consecuencia, las mujeres no son tan buenas como los hombres, son siempre menos (menos ambiciosas, menos competentes, menos productivas...). Así es como la neutralidad masculina se convierte en un elemento organizador de un sistema que aísla o, incluso, excluye todo aquello que se salga de ese marco estrechamente delimitado.

Son cada vez más las mujeres para las que los límites del mundo científico se muestran estrechos. No les vale la medida masculina que no admite la diversidad, que no las incluyen en tanto que mujeres. No caben en él quienes no quieren renunciar a las relaciones, a la familia, a la calidad de su trabajo, quienes, en definitiva, no quieren separar la investigación de la vida. Necesitan y demandan otro tipo de relaciones donde también quepan los sentimientos, donde los afectos no se separen de las expectativas y aspiraciones profesionales: Están interesadas en aumentar la riqueza de los intercambios.

Desde esta perspectiva la conclusión es que el medio científico, neutro-masculino, limita la audacia y la libertad de las mujeres ya que sus aportaciones innovadoras son consideradas extravagantes, anómalas, cualquier cosa menos progreso, cambio, transformación. Por lo que, "si las ideas y los métodos de trabajo de las mujeres no son tenidos en cuenta tenemos que buscar otras formas de actuar políticamente", en palabras de una científica alemana y que yo quiero unir con otras de Hannah Arend: se trata de "establecer relaciones y crear nuevas realidades".

Madrid, primavera 1998

notas:

1. Wenneras, C. and Wold, A. "Nepotism and sexism in peer review". *Nature* 387: 341-343, 1997.
2. Hoving, I., Brouns, M., Fischer, A., Linders, A. and Scholten, M. *Women in Science and Humanities -The difference that makes difference-*. Utrech, 1998. A este documento se puede acceder via Internet: www.awt.nl